

LA CULINARIA COMO FENÓMENO DE TRANSCULTURA (A PROPÓSITO DE TEXTOS LATINOAMERICANOS Y DE MARCOS CONCEPTUALES HEGEMÓNICOS)

Amelia Royo*

RESUMEN

El reconocimiento que las autoras de *Locas por la cocina* (1998) expresan a una antecesora del siglo XIX, como lo fuera Juana Manuela Gorriti, amerita asomarse al tratamiento del tema que acometen mujeres intelectuales a finales del siglo XX. En la confluencia de lo que entraña el corpus de recetas (y otros registros discursivos), intentaremos poner a prueba la diversidad con que se contextualizan cuestiones de rol, producto de una escritura militante. Complementariamente, descubrimos que el escritor colombiano Héctor Abad Faciolince da curso a su imaginación creadora en un *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1997), texto que da pie para desmontar la ingerencia de la identidad masculina a propósito de las implicancias de sabores y debidas alrededor de estados de ánimo y proyectos de vida de las mujeres.

Palabras clave: mujeres y culinaria, fenómenos transculturales, identidades masculinas y femeninas.

ABSTRACT

The recognition expressed by the authors of *Locas por la cocina* (1998) towards their 19th Century predecessor, Juana Manuela Gorriti, demands a glimpse into the treatment on cooking by intellectual women of the 20th Century. In the confluence contained in the corpus of cooking recipes (and other discursive registers), it is intended to test the diversity with which role questions are contextualized as a result of an activist writing. Correspondingly, Colombian writer Héctor Abad Faciolince is presented as one who unleashes his creativity in *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1997), a text that allows to overthrow the interference of male identity in regard to taste implications surrounding women's states of mind and life projects.

Key Words: women and culinary art, transcultural phenomena, female and male identities.

1. Introducción

Partir del supuesto de que tematizar la cocina es un gesto de la escritura femenina sería como admitir que desentrañar las motivaciones de esa elección puede ser patrimonio de una crítica congénere. Advierto, entonces, que este trabajo se apoya en el desprejuicio respecto de

la pertenencia de los temas a una u otra identidad sexual. Ningún eje le ha sido asignado a los escritores, como ningún interés por interpretar tal o cual vehículo de sentido le está destinado al crítico. Lo que es evidente de unas décadas a esta parte es que la culinaria – en tanto verboha ido ganando espacio como materia artística, como objeto de reflexión, como metáfora de

* Doctora, Universidad Nacional de Salta- CIUNSa, Argentina
Recepción: 27/3/08 - Aceptación: 30/5/08

otros haceres, en definitiva, la escritura y su amanuense, el escritor, se han instalado en un plano en el que confluyen todo lo que el comer tiene de sensual y el digerir tiene de absorción, transformación¹.

No cabe hacer aquí un racconto de las textualidades que en el macrosistema hispano-americano han discursivizado directa o indirectamente, el amplio campo semántico de la comida, desde la ineludible lírica nerudiana de las *Odas elementales* hasta el policial de Sánchez Montalbán, a través de su personaje Pepe Carvalho, detective y gozador del buen comer.

Es necesario, en cambio, presentar lo que será mi objeto de análisis y las razones que lo justifican en el marco de un congreso que propone considerar fenómenos interculturales. Dos libros del corpus latinoamericano actual han modificado mi reflexión a propósito de esta convocatoria: un texto del colombiano Héctor Abad Faciolince, y otra compilación realizada por cinco mujeres argentinas cuya mentora es Angélica Gorodischer. Ambos libros vieron la luz en 1997, y me atrevo a decir que la década del noventa ha sido particularmente prolífica en ediciones de literatura sobre la culinaria, ediciones de recetarios de figuras célebres de todos los tiempos² y de aparato teórico-crítico con pie en ese tópico viejo-nuevo.

¿Por qué ocuparme de *Tratado de culinaria para mujeres tristes*³, texto de un autor y de *Locas por la cocina*⁴, compilación hecha por varias mujeres, que a su vez convocan a otras mujeres? Como siempre, creo que a la razón, la aportan otros textos que el crítico encuentra en el camino entre la decisión del abordaje de un tema y la puesta en acto de la escritura propiamente tal.

Ocurre que Abad Faciolince responde al patrón cultural latinoamericano en ese mix constituido por la fronda discursiva de cualquier paisaje⁵ inspirado y el intelectual que migra a Europa a pulir la condición de letrado que le abrirá las puertas del campo intelectual, no ya de Medellín, sino de Bogotá, y hasta de Madrid. Gorodischer, en cambio, tiene otro perfil: por edad y por trayectoria⁶, no hubiese necesitado de la alianza con otras autoras para prohijar un libro que la catapulte. Pese a ser una escritora de provincia

su producción ha circulado con bastante fortuna al merecer la atención de la crítica especializada tanto en literatura fantástica como en escritura femenina, tal el tenor de sus preferencias más explícitas. *Locas por la cocina* se inscribiría en la segunda de las coordenadas axiológicas, es colectivo a partir de las denominadas autoras⁷ (que es como firman el proemio las cinco convocantes) hasta la multiplicidad de participantes que suman casi cuarenta (dato este que aclararé más adelante).

2. A lo que vinimos

Si el desafío es hablar de “hegemonías y transferencias” a expensas de lo intercultural me propongo poner en diálogo dos libros de procedencia fáctica heterogénea porque en las fracturas pretendo encontrar el sesgo que los identifique como libros de cocina, aunque a priori ninguno sea estrictamente eso. En la enorme variedad de expresiones librescas referidas a la práctica que me ocupa, localicé un libro tan específico como inabordable, respecto de lo intercultural, hablo de *Cocina por la paz. Hacia una mesa ecuménica* (2007), firmado por Fadiga y Zorer, fotógrafo uno, chef de cocina el otro.

El libro exhibe recetas de cinco culturas, pero denominadas desde la concepción religiosa de esas culturas: budista, cristiana, hinduista, islámica y judaica. No hay duda de que el enfoque del libro es intercultural, pero la falta de “fracturas” en la concepción del volumen no admite interpretaciones, no da lugar a lecturas que no sean referenciales. Se sintetiza lo esencial de cada religión y se ilustra un menú básico con la receta y la perfecta fotografía. Los libros que me desafían son otros, son los que no se dejan ejecutar como recetas, los que proponen militancias menos obvias en su factura discursiva –y no hablo del ecumenismo como obviedad, ni de la paz como propósito innecesario.

Por contraste los textos aquí presentados me permitirán reflexionar sobre la transferencia posible entre una práctica tan cotidiana y universal como la cocina y el decir poético o el enunciado militante. Desde que se escucha hablar

de “la cocina de la escritura” o “la cocina de la historia”⁸, –entre otros usos del latiguillo- para aludir a esa instancia oculta, subyacente o tácita de aquello verdaderamente traducido en lo dicho sobre la imaginación o el acontecimiento, resulta cada vez más necesario decodificar cuánto metaforizan los discursos explícitamente comprometidos con el tópico.

Por lo pronto hay un maridaje bastante frecuente entre cocina y género femenino, entre placer y masculinidad; y en el medio toda forma de transferencias: hombres que cocinan mejor que mujeres; mujeres que se liberan de la rutina haciendo de la cocina un vehículo para el erotismo; culturas que resisten desde la particularidad de los sabores y cocciones; decadencias imperiales que estriban en el comer; carencias alimenticias que inducen a todas las formas de la prostitución, y entre tantas y muchas transferencias posibles, emerge como imprescindible la escritura culinaria que conlleva contenido ideológico.

Valiente título el de Abad Faciolince cuando incluye en el mismo el destinatario, el enunciado construido con dativo, da cuenta de un enunciador solidario o irónico. Hasta ahora estamos más acostumbrados al tipo de escritura culinaria que pone el acento en el goce, tal como lo explotan Isabel Allende y Laura Esquivel, para nombrar dos casos bastante emblemáticos en esta línea. Es por eso que relevar prosa poética masculina bajo el nombre de “tratado” y especialmente acotado “para mujeres”, pero además no en genérico, sino ciertas mujeres: las que cargan con el demérito de la tristeza, constituye un particular desafío a la interpretación.

Hecho este que llevaré adelante en contraposición a la propuesta colectiva en otra dirección. *Locas por la cocina* preanuncia vocación exultante, adhesión incondicional, solidaridad de género, y esencialmente evidencia un posicionamiento de las autoras en las antípodas de la tristeza que intenta paliar Abad Faciolince.

Hasta aquí el rodeo, la conjetura, la intuición que suscita todo título, ¿qué hay del contenido puertas adentro?, ¿qué hay del interior, del tuétano de los textos que se me antojaron comparables por estricta disparidad?

Antes definí la escritura de Abad Faciolince como prosa poética y en ello anoto la incongruencia con la noción de tratado en cuanto comportamiento semántico del lexema a través del tiempo. Un tratado deslinda lo más científicamente posible las propiedades de un objeto, sea artístico o no. Las discontinuas microestructuras de TCMT (a partir de ahora), no constituye un vademecum, el libro se parece más a una desiderata que combina los recursos de la lírica cuando tangencia la sensibilidad femenina, pero recurre a la ironía y al humor cuando articula enfermedad y remedio. “Guarda toda la orina de una noche y muy temprano riega, con ella, la mata de albahaca. Sin recobrar la juventud serás más joven” (Abad F., 1997:13)

Porque, hay que decirlo, las enfermedades en este texto son la culpa, la traición, el desamor, el duelo, la rutina, y la fórmula para sanear cada una de esas circunstancias de cualquier existir, se nutre de sentencias de vida, y de eventuales recetas culinarias, reales o imaginarias, como cuando introduce el “codiciado filete de mamut” cuya ingesta tiene efecto hilarante. El crítico colombiano Augusto Escobar Meza hiperboliza definiendo el TCMT como “es un canto de exaltación sin límite a la vida y el más bello tratado al amor de escritor colombiano y latinoamericano de los últimos tiempos”, más que esa evaluación que remite a estructuras de sentimiento –en términos de R. Williams- considero válido el aserto de Escobar Meza⁹ respecto de la condición híbrida del texto y de su capacidad para vehiculizar la “mentalidad andrógica”

(...) Si tu mal es la culpa, la indomable culpa. Vive la expectativa de la pesca del celacanto (...) Otras recetas contra la culpa son ineficientes. Esos insensatos dolores del alma instalados en tu mente por una dolorosa historia culpabilizante de milenios, sólo los cura un plato de los tiempos de los dinosaurios. (1998: 30)

Pero cómo retomar la analogía con el texto propuesto para rastrear rasgos de parentesco. Es muy marcada la línea de lectura de la producción de Angélica Gorodischer¹⁰ como la expresión de un feminismo muy explícito, lo cierto es que en este caso lo que se debe leer como tal no es tanto

el contenido textual, antes bien cabe la lectura del gesto de producción desde un colectivo abarcador y, en cierta medida apócrifo toda vez que muchas de las identidades (inicialmente detecté alrededor de cuarenta nombres como autoras de esa larga serie de micro estructuras) son seudónimos de Gorodischer y de las otras coautoras.

En este caso será la crítica la que apoye la misma hipótesis antes insinuada para TCMT; se ha interpretado que el frecuente registro irónico de mujeres que escriben no es suficiente como gesto discursivo militante porque se puede caer en el panfleto, hay, en todo caso “que elegir ser andrógino para generar monstruos”, afirma Mónica Zapata¹¹ a instancias de Michèle Soriano (2005) quien propugna un engendramiento de procesos anamórficos donde mirarse, hasta reconocerse en la deformidad.

Creo que de eso se trata *Locas por la cocina*, su presentación es como un texto híbrido desde la concepción misma; superficialmente se estructura en secciones relativas a rubros propiamente gastronómicos: sopas, condimentos, salsas, vegetales, etc.¹², sin embargo cada apartado tiene una corta introducción que alude al asunto del capítulo, pero los textos allí agrupados se disparan por caminos imprevisibles, baste un desarrollo en verso como el ejemplo más elocuente de lo que puede ofrecer un supuesto recetario, cuando la autoría apela al humor paródico como traza de descentramiento del sujeto.

El seudónimo es Calderita Barcarola, nombre que se patentiza como anagrama de Calderón de la Barca al relacionarlo con el título del texto rimado “la vida no es sueño” (124)

Les habla una cocinera
Entonces, pues, aclaremos
que como toda mujer
esta fiera confusión,
hubo oficios de aprender:
este apriete, esta opresión
hortelana y niñera,
por sí alguna vez dudamos:
madre, nodriza, partera
puede que sí pues estamos
y como todas, aquí,
en tierra tan singular
por las leyes maltratada,
que penaliza abortar
pretendo sea respetada

cuando la experiencia enseña
nuestra forma de vivir
que la mujer es la dueña
Por ello os he de decir:
de no desear maternar.

Un Papa nos excomulga,
Sueña la Iglesia que sabe, y vive
un rey de turno obedece
con este engaño mandando,
y ordena a sus feligreses
disponiendo y gobernando
y a todo mundo prohíbe
ficción de ley con premura:
discutir lo que prescribe
disfrazar la dictadura.
qué delicia es permitida
El marqués José Vicente
cuál guerra es una cruzada
sostiene razón prudente:
qué gente es la inadecuada y
fetismo no es humanismo.
-vaticana y protegida-
Hombre que piensa lo mismo
cuándo comienza la vida
que mujer, es un valiente.
(..... (1998: 124)

Para no exagerar con la cita el texto concluye con un quinteto, cuyo último verso está en mayúsculas y constituye el corolario: “Tanto ejemplo no es en vano, el semen no es un enano./ el óvulo no es doncella./ cigoto no es vida bella, **EMBRIÓN NO ES SER HUMANO**” (1998: 126); por otra parte, ya anticipado en dos epígrafes: (el primero es el verso en negrita de la primera estrofa, el segundo reza: “Un huevo crudo no es un niño envuelto” con firma apócrifa.

He dicho humor paródico, pero de alto voltaje ideológico, es más que evidente que se trata de un texto a la manera de las sátiras del renacimiento pero referido a temas tan espinosos como el derecho al aborto. Detrás de la fachada paródica aparece el alegato de tanta vigencia en Argentina durante las últimas décadas. Es bastante obvio que la oposición vida /sueño, en este caso aparece al servicio de una causa de fuerte arraigo en los movimientos feministas y en su lucha por la legalización del aborto. Poco tiene que ver el alegato del texto con el nombre del capítulo: “Pastas, arroz y huevos”, salvo por los versos que constituyen preguntas retóricas de semanticidad

clave: “¿Es la yema ya un pollito?/ ¿Tiene un huevo razón” (Gorodischer et al., 1998: 125)

La lucha por la despenalización del aborto no es algo privativo de mujeres, está en la agenda masculina de juristas, religiosos y politólogos; lo que tiene visos de militatismo feminista es levantar esa bandera a través del discurso y en un gesto que la crítica argentina sectoriza bajo la caracterización de “Búsquedas literarias colectivas de autoconciencia femenina” (Drucahoff, 2000: 488)¹³

3. El arbitraje de la teoría

A la hora de zanjar las perspectivas de estos textos vendrá bien acudir a otros juicios sobre la literatura que expresa aspectos culturales o identitarios a fin de encontrar a dónde conducen las retóricas escogidas por los autores recortados ad hoc de este encuentro.

Un trabajo reciente sobre los escritores cubanos Virgilio Piñera y Lezama Lima demuestra la proximidad entre comida y escritura a través de las escenas gastronómicas; en ese análisis afirma Mónica Bernabé (2001: 28): “El estómago hace centro en la topología del sujeto metafórico cuando la confluencia de ciencia, gastronomía y poesía señala una modalidad de escritura”, y lo puede afirmar porque su reflexión está apostada en la hipótesis de que las escenas gastronómicas ofician de metáfora de los procedimientos propios del escritor americano.

Según ese razonamiento la escritura latinoamericana opera por transmutación. Dicho de otro modo, en cierto acontecer discursivo como el barroco americano la producción textual deviene de la interferencia de códigos heterodoxos –o eclécticos, si se prefiere. Puesto así, la transmutación u operación de apropiamiento de lo extraño, pasaría a constituir un aspecto del patrimonio.

Como es sabido patrimonio es un concepto caro a la sociocrítica¹⁴, si tenemos en cuenta que Edmond Cros¹⁵ lo elige para reformular la definición de ideograma por la enorme carga ideológica del vocablo, en tanto convergencia de semas como /propiedad/, /transmisión/; /figura del padre/ aspectos

intransferibles porque conllevan la traza de la identidad. Dice textualmente Cros: “...se trata de un valor que no tiene un equivalente económico; existe (...) [como] espacio de memoria en donde el sujeto viene a reactivar la conciencia que tiene de su identidad”. (1997:127)

Visto así y teniendo en claro que la culinaria representa una vertiente del patrimonio cultural de los pueblos, la literatura que la tematiza ipso facto podría ser considerada como factor de identidad. Lo que no se subrayó de las especulaciones de Edmond Cros, es que si al patrimonio simbólico se le agrega valor de cambio, estamos ante otro fenómeno.

¿Qué es la moda casi irrestricta¹⁶ de superponer la culinaria a toda forma de expansión editorial, de veinte años a esta parte, sino el bastardeo del patrimonio en su versión prístina? No cabe duda de que hubo y habrá expresiones genuinas de la mise en abyme de recetarios heredados de la tradición familiar o nacional - sea ésta nobiliaria o plebeya- más celosa del patrimonio simbólico. Pero tampoco cabe duda que de la recuperación auténtica se alimenta una saga en la que priva el rédito económico, o en todo caso, el éxito de público de los escritores que se dejan tentar por la hegemonía del mercado.

Como en todos los tópicos en éste hay ejemplos excelsos por sus logros estéticos o por su impacto ideológico. Arriesgo que ninguno de los textos convocados escapa a la tentación de mercado: Faciolince porque en la estrategia de exhortar al goce, a expensas del registro lírico, malogra o desvirtúa la variable cocina, en aras de otras vivencias, las sexuales:

No temas derretirte, deshidratarte, disolvete. Déjate ir, no pienses, quiero oír un gemido de cuerpo entero, un alarido de poros abiertos. Abre, abre hasta estar partida, sumérgete en el mar de las sensaciones, piérdete, desbócate, desátate, permítete ser, por momentos, toda una perdida. (1998: 43)¹⁷

El texto colectivo, por su parte, es mucho más despiadado en la combinación de registros, pretende abreviar en antecedentes que van desde los proyectos colectivos fundacionales a la manera de *Cocina ecléctica* de Juana Manuela Gorriti, hasta los recetarios célebres de función no literaria, pero

este libro rompe cauces sin dirección prefijada. Es el lector quien puede reconocer marcas consecuentes con el proyecto colectivo, o no.

Datos paratextuales permiten adscribir a la hipótesis de que *Locas por la cocina* no configura un proyecto destinado a la conservación de la culinaria como patrimonio cultural, antes bien puede leerse como reservorio identitario desde la perspectiva de género: los datos son que pertenece a la colección “Biblioteca de las mujeres y publicita títulos todos direccionados a la promoción de lectores sensibles a la solidaridad de género, sea desde las ciencias sociales o desde la crítica¹⁸.

Concluyo, por lo tanto, que Bertolt Brecht¹⁹ estaba en lo cierto al considerar la culinaria como mercancía fundada en recetas que adoptan el punto de vista del consumidor.

Notas

- 1 Cfr. Mónica Bernabé, “El cielo dl paladar”, en *El abrigo del aire*, Rosario: Beatriz Viterbo ed., 2001
- 2 Davinci, Leonardo, *Notas de cocina de Leonardo Davinci, La afición desconocida*, Madrid, 1996; existe un libro de recetas de Charles Dickens, publicado bajo seudónimo femenino (Catherine Clutherbuck, su mujer), titulado *Qué podemos cenar* de 1851; Ducrot, Ego, *Los sabores de la patria*
- 3 La edición que se citará desde ahora Abad Faciolince, H.; *Tratado de culinaria para mujeres tristes*, Bogotá: Alfaguara, 1998
- 4 La edición utilizada es Gorodischer, A.et alt *Locas por la cocina*, Bs. As.: Biblos, 1998, 1ra. edic.
- 5 Faciolince nació (1958) en Medellín, ciudad capital del departamento de Antioquia, el gentilicio de esa región es antioqueño, pero coloquialmente se designa como “paisa”.
- 6 Gorodischer es nacida en Rosario de Santa Fe, autora de *Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara*, libro de 1985; *Jugo de mango*, de 1988; *Escritoras y escritura*, en 1992; *Esas malditas mujeres*, 1998, entre muchos otros títulos. Asiste a congresos internacionales invitada por la frecuencia con que sus

textos son objeto de estudios sobre el policial, lo fantástico, y particularmente, la escritura femenina/feminista.

- 7 Componen el quinteto Virginia Haurie, Elvira Ibargüen; Hilda Rais y Ana Sampaolesi, todas comprometidas con la causa feminista desde la actividad literaria y periodística.
- 8 Cito como ejemplo Herrero Alejandro y Herrero, Fabián *La cocina del historiador. Reflexiones sobre la historia de la cultura europea*, Bs. As.: Universidad de Lanús (UNLa), 2006; la escritora Rosario Ferré en “La cocina de la escritura” utiliza la metáfora para explicar la génesis de su creación. (Cfr. Guerra, L.
- 9 Cfr. <http://www.colombiaaprende.edu.co/recursos/superior/1994;177>)
- 10 Me refiero a textos como: *Esas malditas mujeres. Cuentos de escritoras latinoamericanas contemporáneas* (1998); *Mala noche y parir hembra* (1983); *Cómo triunfar en la vida* (1998); entre otros
- 11 Cfr. <http://www.univ.-tours.fr7ciremia/pdf-genre>
- 12 En esa marca (y en la convocatoria colectiva) el texto recuerda a *Cocina ecléctica* (1892) de Juana Manuela Gorriti, quien también propone un índice que abarca Sopas, Salsas, Puré, Pescados, Tamales, Rellenos, Empanadas, etc. hasta desembocar en Repostería. (Cfr. Royo, A. (comp.) *Juanamanuela, mucho papel*, Salta: Ed. del Robledal, 1999) Vale la pena subrayar que las autoras de *Locas por la cocina* nombran a Gorriti en los agradecimientos.
- 13 Otro libro colectivo que incluye a Gorodischer es *Salirse de madre* (1989), pero el elenco difiere del que aquí se analiza (Cfr. Drucaroff, E. “Pasos nuevos en espacios diferentes”, en Drucaroff, E.(direc. del V. 11) *La narración gana la partida. Historia crítica de la Literatura Argentina* (dirigida por Noé Jitrik), Bs. As.: Emecé, 2000
- 14 Anotemos que Ahmed Ben Naum también se ha ocupado de la noción de patrimonio, Cfro. Cacaud-Macaire, M. (Presentadora) *Questionemen des formes questionnement du sens*, T.I ,Montpellier: Ed. du CERS, 1997.
- 15 *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Bs. As.: Corregidor, 1997.

- 16 Remito al No. 200 de la Revista de Cultura Ñ, titulado *Crítica de la razón gastronómica*, Bs. As. 28 de julio de 2007 (intertexto audaz, si los hay).
- 17 Nótese que este discurso liberador es recurrente, se puede relevarlo en págs. 30, 72, 113.
- 18 Cito a modo de ejemplo Piña, Cristina (edit.) *Mujeres que escriben sobre mujeres que escriben*, inserto en la misma colección.
- 19 Citado por R. Piglia (edit.) en *Diccionario de la novela de Macedonio Fernández*, Brasil: F.C.E., 2000.

